

18. RE-APROPIARSE DE LA TECNOLOGÍA: UN HORIZONTE EMANCIPADOR EN CHACRA LA MERCED

María Soledad Boiero¹

“Si la tecnología no sirve para que más personas vivan de un modo digno, entonces algo está fallando”. Con esta poderosa afirmación, Natalia Zuazo (Los dueños de Internet, 2018) nos invita a reflexionar sobre el propósito fundamental de la tecnología. Y es precisamente este propósito el que guía el inspirador trabajo de MeT [Mujeres en Tecnología] junto a la asociación civil Las Omas en su sede de Chacra La Merced, un territorio de Córdoba donde la brecha digital es solo una de las muchas capas de desigualdad que enfrentan sus habitantes.

Las mujeres estamos históricamente subrepresentadas en el desarrollo de las tecnologías, pero también apartadas de su acceso, aplicación y apropiación. Abordar la brecha en el uso de la tecnología propiciando habilidades digitales es inclusión. Tener competencias digitales habilita a las mujeres y diversidades de género el acceso a otros derechos y la posibilidad de reducir otras desigualdades como las educativas, financieras, económicas y laborales. En Argentina, según los datos publicados en 2022 por el Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad de la Nación Argentina, “el 56% de las mujeres no accede o tiene dificultades para acceder a las tecnologías digitales debido a su situación económica”. Esta estadística no es un número frío; es el reflejo de una realidad compleja que se agudiza en contextos de vulnerabilidad extrema, donde la escasez de recursos y las limitaciones estructurales dictan el día a día.

Chacra La Merced: donde lo cotidiano es fuerza y resistencia

Es en este escenario de profundas desigualdades donde surge la conmovedora historia de las mujeres de Chacra La Merced. Ante los desafíos mencionados, desde MeT emprendimos una experiencia situada junto a la asociación civil Las Omas, una organización que nuclea a más de 400 mujeres y se posiciona en la

¹ Directora de Investigación, MeT [Mujeres en Tecnología]

comunidad como espacio de contención, vinculación y capacitación en una zona que ha sido relegada. Ubicada en el kilómetro 6 y $\frac{1}{2}$ de camino a Chacra La Merced, esta área semi rural se vio alterada por la instalación de una planta depuradora de líquidos cloacales. Un testimonio palpable de cómo la falta de sostenibilidad en los procesos industriales y en la planificación de los servicios puede impactar negativamente en el entorno y, por ende, en la vida de sus habitantes. Las mujeres que participan en este centro de formación viven atravesadas por una multiplicidad de situaciones que limitan su desarrollo integral. Sus condiciones materiales están signadas por una vulnerabilidad económica persistente, una marginalidad que las relega de los circuitos formales y las oportunidades, la falta de acceso a una educación de calidad que les permita acceder a mejores condiciones de empleabilidad, y un déficit en la infraestructura del servicio de transporte que las aísla aún más, dificultando el acceso a servicios básicos, empleo y capacitación. Cada viaje, cada gestión, se convierte en un desafío que consume tiempo, energía y dinero, recursos que son ya de por sí escasos.

Pero además de las limitaciones materiales, muchas de estas mujeres han experimentado o siguen experimentando violencia de género. Esta problemática estructural afecta no solo su bienestar físico y emocional, sino que también socava su autoestima, su capacidad de proyectarse y su confianza en el futuro. La violencia de género es una barrera invisible pero poderosa que confina, silencia y priva de autonomía a quien la padece; en contextos de violencia salir de casa para participar en un taller se convierte en sí mismo en un acto de resistencia.

Construir desde adentro: a desafiar preconceptos y resignificar miradas

Llegamos al centro de formación con un grupo de personas voluntarias de MeT para desarrollar los talleres de inclusión digital. La expectativa y el entusiasmo eran palpables, pero venían acompañados de una firme decisión: la de despojarnos de nuestros preconceptos y sumergirnos en sus realidades. No se trataba de imponer una visión "desde afuera", sino de comprender de primera mano cuáles son las vidas de estas mujeres, sus luchas, sus aspiraciones y sus saberes. Inspiradas en la propuesta de diseño de proyectos que contemplen las estructuras y las

problemáticas de género, queríamos posibilitar otra forma de conocer: una que surgiera desde sus miradas, experiencias y vivencias, trascendiendo el "colonialismo cultural" que, muchas veces de manera inconsciente, se reproduce en los procesos de formación.

Nuestra aproximación se basó en el respeto profundo por sus trayectorias. Juntas reflexionamos sobre los diversos oficios que ya habían incorporado. Estas mujeres no eran "recién llegadas" al mundo de la producción y el trabajo; ya habían logrado producir y comercializar lo que hacían con sus manos, desde la costura y el tejido hasta la peluquería, la cocina y la pastelería. Incluso, con una audacia que rompe estereotipos de género, habían aprendido construcción para ampliar sus propias instalaciones, incursionando en un sector históricamente masculinizado. Esta resiliencia y capacidad de adaptación nos llevó a una pregunta fundamental: ¿por qué no podrían ser tan buenas también en habilidades digitales como lo eran en sus oficios manuales y en la construcción? La respuesta no estaba en su capacidad intrínseca, sino en las barreras externas y las autopercepciones limitantes impuestas por la desigualdad.

Tiempo, cuidado y la carga invisible

Nos propusimos escuchar las razones por las cuales consideraban que no podían o que les impedía vincularse con la tecnología. Fue crucial permitirles reconocer sus propias percepciones sobre la tecnología y sus expectativas sobre ella. Entre las limitaciones más relevantes que surgieron, la "disponibilidad de tiempo" se destacó como un obstáculo insoslayable. ¿Qué tiempo puede una mujer, que concentra tareas de cuidado casi la totalidad del día, destinar al aprendizaje de habilidades digitales? ¿Cómo proyectarse en el mundo de la tecnología si se tienen a cargo más de una niña/o/e y se vive en hogares monomarentales donde la responsabilidad recae exclusivamente sobre ellas? Esta es la cruda realidad de la carga invisible del cuidado, un trabajo no remunerado pero extenuante que invisibiliza y limita las oportunidades de las mujeres. La aspiración a la formación y al desarrollo personal a menudo choca con la imperiosa necesidad de proveer y cuidar, dejando poco o ningún espacio para sí mismas.

Paradójicamente, la propia dinámica de su vida cotidiana también ofrecía una ventana de oportunidad. Ellas concurren a este espacio de Las Omas mientras esperan que sus hijos/as/es salgan de la escuela. Esta rutina, lejos de ser un impedimento, se convirtió en una posibilidad para destinar un tiempo semanal exclusivo para sentarse frente a las computadoras y aprender. Un factor clave para el éxito del programa es que la sede cuenta con servicio de internet y dispositivos, eliminando dos barreras iniciales fundamentales para el acceso a la capacitación tecnológica en contextos vulnerables.

Sin embargo, a pesar de estas facilidades, afloraban discursos internalizados de limitación: renacía el "no soy buena en la tecnología" o "nunca serví para eso". Estas frases son el eco de una sociedad que históricamente ha excluido a las mujeres del ámbito tecnológico, sembrando dudas sobre sus capacidades innatas. Pero al consultar ¿para qué les gustaría aprender?, ¿qué creen que necesitan saber?, las respuestas fueron muchas y reveladoras, desmantelando moldes y prejuicios internalizados : "quiero vender por internet", "quiero ayudar a mi hijo en la escuela", "me gustaría abrirme una cuenta para manejar mi plata", y muchas otras expresiones de deseo de autonomía y mejora de sus condiciones de vida. Estas respuestas no eran solo anhelos individuales; eran la manifestación de una necesidad colectiva de empoderamiento, de herramientas que les permitieran mejorar su situación económica, apoyar la educación de sus hijos/as/es y gestionar sus finanzas, todo lo cual apunta a una mayor independencia.

Co-diseñar futuros para la autonomía

Ahí estábamos todas dispuestas a co-diseñar las estrategias para que estos condicionantes pudieran sortearse y las expectativas cumplirse. Coincidimos en un principio inquebrantable: no íbamos a renunciar a que la tecnología sea habilitadora de oportunidades sociales, educativas y laborales para ellas. Emprendimos de manera colectiva los talleres con un enfoque que es producto directo de nuestras realidades diversas. La clave de esta metodología radica en la fusión de conocimientos: ellas comparten sus experiencias y saberes de vida, de resistencia, de comunidad; y nosotras compartimos nuestro conocimiento tecnológico y pedagógico. Este intercambio mutuo prioriza el reconocimiento de la otra con sus

intersecciones, entendiendo que cada mujer es un cruce único de experiencias, identidades y desafíos.

La experiencia demuestra una vez más que las brechas de género existen, que las barreras para las mujeres persisten y resisten con tenacidad. Pero también demuestra, de manera esperanzadora, que a pesar de las limitaciones históricas, estructurales que hoy se ven pronunciadas por el contexto, son las mujeres quienes siguen decidiendo transformar sus realidades materiales y subjetivas. El componente emancipador no reside en los aparatos tecnológicos en sí mismos, no es la máquina la que libera; sino nuestra capacidad colectiva de construir en red y en comunidad un mundo próspero, inclusivo, justo y libre de violencia para nosotras. Y, por extensión, para todas/os/es. Es la re-apropiación del conocimiento, la conexión y el uso consciente de la tecnología, desde nuestras propias necesidades y aspiraciones, lo que contribuye a impulsar la transformación y abre un horizonte de nuevas posibilidades.

MeT [Mujeres en Tecnología]